

LA PATAGONIA EN LA REALIDAD ARGENTINA (*)

(Toda nación debe estructurarse legalmente para poder subsistir. De dónde la necesidad imperiosa de que toda su actividad sea encauzada, protegida y estimulada por leyes adecuadas a sus necesidades, tanto presentes como futuras. De ahí porqué en determinados momentos históricos sea menester formar conciencia en la masa ciudadana, acerca de muchos e importantes problemas que atañen al inmediato y remoto futuro de la misma nacionalidad. Problemas importantes que, como en el caso candente de la Patagonia, se han ido postergando cada vez más hasta constituir hoy un conjunto de intrincadas cuestiones, no ya solamente económicas, sino también políticas y sociales.

El doctor Aquiles D. Ygobone se ha enfrentado con el problema global de la Patagonia y al captar sus dimensiones, paralelas a su real importancia en el cuadro general de la argentinidad, no se ha dado descanso, ni se ha perdonado fatiga, para dominarlo por la información precisa y la serena y honda reflexión. Esto es, en verdad, lo primero que se impone al lector leyendo despaciosamente su nutrida obra que comentamos y que, para nosotros, aparece en momentos harto oportunos, vale decir, cuando el país marcha hacia la elección de sus mandatarios y sus representantes.

Desearíamos poder concitar al lector para que se adentrara en su soledosa lectura. Hay en sus páginas un hondo reclamo de argentinidad que surge paso a paso desde el comienzo, porque si una cosa es cierta, en la obra que vamos

(*) *La Patagonia en la realidad argentina. Estudio de los problemas sociales, económicos e institucionales de las Gobernaciones del Sur*, por Aquiles D. Ygobone. Editorial *El Ateneo*. Buenos Aires, 8 de agosto de 1945. 790 pp.

comentando, es que el autor ha sentido el en cierto modo callado reclamo de las sacrificadas poblaciones de nuestro inmenso sur, ese sur que hasta hace poco tiempo estaba abandonado de todo auxilio oficial, desarrollando sus actividades a pura iniciativa privada, lo que significaba —con manifiesta injusticia— acordarse sólo de él para mencionarlo como fuente de riquezas presentes y futuras.

Quizás en la Argentina haya sido —y valga la mención de momento— nuestro mayor mal la improvisación, vicio propio de las naciones dotadas de gran territorio y que fincan sin razón en los productos de la tierra solamente gran parte de su material grandeza. Hemos dicho improvisación y así es, ciertamente. No pretendemos hacer ahora historia de casos y cosas no muy lejanas. Está ello demasiado en la conciencia de los argentinos auténticos, enamorados de su tierra y de sus tradiciones, como anhelosos de verla cada vez más fuerte y soberana, como para que creamos necesario ir sacando a la luz la historia de muchos fracasos, que es como decir impresionante suma de desilusiones, pérdida de esfuerzos, cuando no postergaciones de los más legítimos anhelos de muchos miles de connacionales.

El autor estudia acertadamente, por ejemplo, el porqué de la postergación de los problemas propios de la Patagonia. La desidia oficial, la rutina de un electoralismo sin ritmo creador; en fin, el gran egoísmo que es signo y maldición de las grandes capitales, desequilibrio latente de la actual vida social, tanto argentina como extranjera.

Pero no obstante, no se contenta el autor con señalar desidias ni con marcar postergaciones indebidas en el caso de los problemas sureños. Va más allá. Salta, evadiéndose del cerco mezquino de los fáciles reproches y va en busca de soluciones pensadas categóricamente valederas. Por eso mismo, porque su estudio es completo, porque no deja de examinar todos los apartes que, cada uno desde su ángulo privativo, concurren a esclarecer el problema fundamental —el futuro de la Patagonia incorporada de verdad a la total actividad de la nación—, sus páginas se van valorizando paso a paso. A veces son las estadísticas que hablan con la escueta

rigidez de los números, otras las reseñas históricas o el examen de las posibilidades industriales futuras, las que van fundamentando su sesudo aporte sobre lo que podría hacerse con la Patagonia para adelanto de la misma, que es como decir su incorporación operante al proceso institucional, económico, social y cultural de la Nación.

Porque, seamos sinceros, no basta con hablar de la Patagonia con el casi siempre mezquino sentido del turista, enano de la inteligencia que apura las bellezas de sus majestuosos paisajes sin percibir el rumor intenso de un trabajo sacrificado, que es la contribución de argentinos tan argentinos como los cómodos habitantes de las grandes capitales, que creen que la nación termina ahí mismo donde, apoyados en la cómoda mesa del tren veraniego, perciben las primeras soledades de nuestra pampa.

Hay que ser sinceros y ver que lo que acontece con Patagonia sucede también, y a veces en modo y profundidad no menor, con muchas otras regiones del país, las que reclaman aquella acción de nuevo ritmo, como a toque de clarín, de que hablara el maestro de la economía argentina, Alejandro E. Bunge, en su obra *Una nueva Argentina*.

Estudiemos, entonces, todas esas cosas, sepamos *dónde* y *cuándo* comenzó lo que hoy, para una conciencia ciudadana esclarecida, debería ser motivo de hondísima reflexión y clave de urgencias impostergables; en fin, tomemos posición frente al *hoy* de la nación para saber adónde deberá llevarnos por nuestro esfuerzo el mañana que será operante si nosotros operamos, vale decir, si nosotros contribuimos, en la medida de nuestra posibilidad, al planteamiento de todas las cuestiones hasta hoy postergadas, o a su solución justa y realista. Porque para instaurar una amplia política de verdadera integridad nacional es menester no mentirse mintiendo a los demás, no creernos ya llegados a la madurez como nación estructurada, no vivir de glorias pasadas que, si son grandes —y ¡cuánto lo son!— tanto más nos reclaman urgiéndonos a continuar marchando hacia adelante, y hacia lo Alto.

Escribimos sin ser ni economistas, ni juristas, ni financieros, pero sin olvidarnos de que somos educadores. Lo ha-

ceмос, además, escudados en nuestra insobornable vocación por todo cuanto tenga que ver con la nación, siempre que en ello haya algo que signifique promesa futura, dentro de las altas normales espirituales y cristianas que nos dieron ser histórico y orientaron para siempre nuestros destinos de nación rectora en hispanoamérica.

Conocemos varias regiones del interior del país, aunque no la Patagonia. Ello no implica que no podamos comprender el problema de la Patagonia como lo muestra bien claro el autor de esta obra que, repetimos, muchos argentinos deberían leer poniendo en su lectura el mismo entusiasmo que muchas veces derrochan por causas y problemas ajenos, en absoluto, al presente y al futuro de la nación que por hijos suyos los reconoce.

Esta nuestra nota de lector que no conoce apresuramientos para estar al dictado de la moda —que es el verdadero cáncer de nuestra hipotética cultura, sobre todo en amplios sectores de nuestra sociedad— es pues invitación a la reflexión. Lo mismo que habíamos visto, aunque claro está con diferentes y especialísimos caracteres, en otras latitudes del país, el litoral, el norte y en la región cuyana, vuelve a presentárenos bajo el módulo típico de la vida dura de la Patagonia. *Incuria*, *improvisación* y *egoísmo* que han mostrado durante muchas décadas a Buenos Aires y a sus clases dirigentes, o *dirigidas*, divorciadas del resto del país, como si éste fuera un inmenso fundo que se usa para exhibirlo a los poderosos amigos del exterior o para minimizarlo en sus extraordinarias virtualidades considerándolo únicamente el granero del mundo.

Equivocados andan —¡y cuánto!— los que no saben cómo y de qué manera se vive ya en amplios sectores la necesidad de que Argentina conozca otros ritmos más creadores, más previsores, en una palabra, más adecuados a la altura de estos tiempos que, por cierto, no son los de la euforia materialista del Centenario, cuando todo era fácil y la improvisación podía ser hasta gala de gobernantes poco previsores, pero por ello poco gobernantes al fin. Porque gobernar no es solamente administrar más o menos. Gobernar

es algo más, muchísimo más. Gobernar es enfrenar apetitos desordenados en los más, suscitar voluntades en los remisos, coordinar en los que saben, prever las necesidades de todos y, siempre y en todo momento, custodiar el patrimonio espiritual y material de la nación, imponiendo respeto al capitalismo sin nombre propio y levantando contra todos los vientos del momento, sean estos cuales fueren, la bandera de la nación que es como decir el símbolo de su doble soberanía espiritual y material.

Bien viene —repetimos— esta nutrida obra en estos momentos. Está escrita con calor de remansado sentimiento. Tiene semioculto en sus nutridas páginas un viril mensaje de argentinidad. Las múltiples y bien planeadas soluciones que propone ofrecen amplísimo campo para la discusión de los especialistas y, sobre todo, de los futuros legisladores. Estos, a quienes espera en estos momentos inmediatos una tarea formidable, que esperamos venza cierta proclividad a la mezquindad de los estériles alegatos y de las divisiones banderizas, pueden hallar en sus páginas mucho buen material para articular sesudas leyes que, quiera Dios, salgan algún día para bien del futuro de la nación.

No hemos intentado, ni siquiera, el resumen de la obra de Ygobone. Era tarea que escapaba a la brevedad de una nota de lector, como ya dijimos, que se ha preocupado siempre por *sentir* la Argentina. No obstante, esperamos haber dicho algo en su derredor, haber señalado su orientación y su signo que es contraseña de responsabilidad en el autor.

Ojalá el destino de la Patagonia conozca pronto muchas de las soluciones, bien pensadas y previsoras, que el autor ha señalado con abundantes elementos de juicio.

Para nuestro sentido de las cosas de la patria nos han merecido especial atención las justicieras frases que el autor dedica, aquí y allá, a los infatigables obreros de la Orden Salesiana, tan beneméritos al reconocimiento de los argentinos como callados en su cotidiano laborar. Una vez más queda probado, para quienes no embisten los problemas argentinos con preconceptos ya periclitados, de qué manera y en qué medida —en este caso respecto de la Patagonia—

ha sido el sacerdote un civilizador sacrificado, que es como decir propagador de ideales levantados y decidido factor de la grandeza material del pueblo, siempre que ésta esté al servicio de los hombres y no los hombres al servicio de aquélla.

Terminemos apuntando un deseo: que el autor en próxima edición enriquezca las ilustraciones de su bien trabajada obra con mayor número de fotografías, ya que no debe olvidarse que cuando se trata de temas de honda raigambre humana la fotografía, sobre ser documento incontrovertible, es instrumento de eficaz acicate para conocer más y mejor —de ser posible *in situ*— tan esplendentes como promisoras regiones. Las viñetas, comparadas con una fotografía bien tomada, no tienen más valor que el de un simple y remotísimo eco de la realidad que no alcanzan a traducir ni siquiera en principio.

MAURICIO FERRARI NICOLAY